



Capítulo 326 - ¿El marido de Sabrina y un hijo?

El aire del quinto círculo interior de Eldoriapestaba a vino derramado y verduras podridas. Las calles empedradas serpenteaban entre edificios estrechos, cuyas sombras se alargaban bajo el sol del atardecer.

«¡Vuelve aquí, rata ladrona!».

A Kai le ardían los pulmones mientras corría por el estrecho callejón, con sus orejas blancas de gato pegadas al cráneo. La botella de poción de cristal presionaba contra su pecho, y su líquido azul se agitaba con cada paso desesperado. Detrás de él, dos mujeres con túnicas de jade fluidas lo perseguían, con pasos increíblemente ligeros a pesar de su velocidad.



«¡Es mío! ¡Lo gané limpiamente!», gritó Kai por encima del hombro, saltando por encima de una pila de cajas. «¡Solo estáis enfadadas porque gané vuestro juego amañado!».

—¿Justo? —La mujer más alta, la hermana mayor, se rió con voz llena de veneno—. ¿Llamas justo a esconderte en las sombras como un cobarde? ¡Hiciste trampa, chico bestia!

Su compañera, la hermana menor, gruñó al doblar otra esquina—. ¡Se suponía que la competición iba a eliminar a los de tu clase! ¡No coronar a un vagabundo pulgoso!

Kai apretó la mandíbula. Su tribu lo había enviado como su representante, su esperanza. La Secta Blossom había colgado esa poción de recuperación de esencia como un cebo, afirmando que era un premio para el más fuerte. Pero



él había visto a través de su juego. Todos los demás competidores de las tribus más pequeñas se habían ido en camillas. Lisiados. Destrozados.

Él había sobrevivido fingiendo debilidad. Dejando que lo subestimaran hasta la ronda final.

Y ahora querían sangre.

—¡Hermana mayor! —gritó la hermana menor—. ¡Bloquea la salida este!

Kai se deslizó alrededor del puesto de un vendedor de fruta, con el corazón encogido. Callejón sin salida. Un alto muro de piedra se alzaba ante él, demasiado liso para escalarlo. Giró, con el pecho agitado, y retrocedió contra la fría piedra.

Las dos mujeres ralentizaron su avance, con sonrisas depredadoras en sus rostros.

—Ya no tienes adónde huir —ronroneó la hermana mayor, haciendo crujir los nudillos. Sus ojos se posaron en el vendedor aterrorizado—. Muévete.

—Por favor, solo soy...

La pierna de la hermana mayor se elevó en un elegante arco. Su talón impactó contra el puesto de madera y toda la estructura explotó hacia Kai en una lluvia de astillas y fruta. El vendedor gritó y cayó hacia atrás.

Kai levantó los brazos, pero el impacto lo lanzó por los aires. Se estrelló contra la pared, con la madera y las manzanas golpeándole las costillas. La



sangre brotó de su boca mientras se desplomaba en el suelo, agarrándose el pecho. La botella de la poción se le escapó de las manos.

«No... no...», jadeó, extendiendo débilmente la mano hacia ella.

La hermana menor dio un paso adelante, deslizando unos guanteletes metálicos sobre sus delicados dedos con suaves chasquidos. Los nudillos de latón brillaban, grabados con runas de cultivo que zumbaban con intención letal.

—Seré rápida —dijo fríamente, flexionando su mano blindada—. El maestro Shen quiere recuperar esa poción. Y tu muerte enviará un mensaje al resto de tu sucia tribu.

La visión de Kai se nubló. Las miró, con sangre goteando por su barbilla. —Sois... monstruos...



La hermana mayor echó la cabeza hacia atrás y se rió. —¿Monstruos? Oh, dulce gatito. No sabes lo que «podríamos» hacerte. Podríamos hacer que desearas...

La realidad se desgarró.

Un portal negro se abrió detrás de Kai, flotando a un metro del suelo. El aire mismo gritó. La oscuridad se derramó como tinta viva, y desde ese vacío surgió una voz: aguda, femenina y totalmente desprovista de piedad.

«Esto sí que es... una casualidad».

El mundo explotó en mariposas negras.

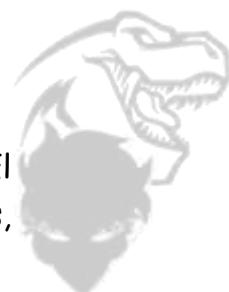


Miles, decenas de miles, salieron del portal en una sola ola sincronizada. Sus alas eran de cristal de obsidiana, con bordes tan afilados que podían cortar la luz de la luna. Llenaron el callejón, un huracán de sombras y muerte.

La hermana mayor levantó los brazos. «¡¿Qué demonios...?!».

Las mariposas descendieron, batiendo las alas al unísono. Su movimiento sincronizado creó un sonido como mil susurros superpuestos, ahogando todo lo demás. Las mujeres retrocedieron tambaleándose, con las manos levantadas inútilmente mientras el enjambre envolvía el espacio donde había estado Kai.

Entonces... silencio.



Las mariposas desaparecieron tan repentinamente como habían aparecido. El portal se derrumbó hacia dentro con un sonido como de cristales rotos, dejando nada más que aire vacío.

La hermana menor bajó lentamente los guanteletes, con los ojos muy abiertos. «¿Qué... qué demonios acaba de pasar?».

La hermana mayor giró en círculo, con sus túnicas de jade revoloteando. El callejón estaba vacío. No había ningún chico. No había rastro de sangre. Incluso la botella de la poción había desaparecido.

«¿Dónde se ha metido?». Su voz se quebró por algo que podría haber sido miedo. «¿Dónde está el chico bestia?».

El vendedor gimió desde donde había caído, con las manos sobre la cabeza, hasta que, frotándosela, miró hacia el alto edificio arquitectónico.



Allí había cinco sombras de personas.

¿Y Kai?

Oscuridad. Absoluta y sofocante. Kai sentía como si estuviera flotando en un vacío frío y silencioso.

El callejón, el dolor, los chillidos de las mujeres de la Secta Blossom... todo desapareció, sustituido por una extraña presión zumbante en sus tímpanos.

Era el viento.

Kai se quedó mirando, con la respiración entrecortada. Intentó levantarse, pero lo que vio le revolvió el estómago: estaba colgando a seis metros de altura, precariamente encaramado al brazo roto de un viejo molino de viento.

El metal oxidado crujía siniestramente bajo él.

El pánico se apoderó de él. Miró hacia abajo al hombre de negro que se mantenía en equilibrio sobre la estructura derruida y, sin pensarlo, Kai se lanzó hacia adelante y se abrazó al brazo del hombre como un koala aterrorizado, aferrándose con todas sus fuerzas.

El hombre de negro miró a las dos mujeres de la Secta Blossom, que estaban paralizadas por la commoción, y luego su mirada se posó en Kai.

Una sonrisa débil, casi perezosa, se dibujó en sus labios. «Vaya entrada misteriosa para un héroe, ¿no?», murmuró, más para sí mismo que para los demás.



Kai abrió mucho los ojos. Intentó trepar más arriba por el brazo del hombre, apretando con más fuerza. «¿Quién... quién eres?», balbuceó con voz temblorosa.

El hombre se rió entre dientes y le revolvió el pelo blanco a Kai como si fuera un gato callejero. La intimidad casual del gesto fue más sorprendente que la demostración de poder. «Tranquilo, gatito».

Sin previo aviso, el hombre ajustó su agarre sobre Kai, levantándolo ligeramente. Kai gritó, apretando sus brazos y piernas alrededor del brazo del hombre, aferrándose a él como si le fuera la vida en ello, como un gato aterrorizado. «¡Espera, espera, espera! ¡Me voy a caer!».

El hombre, Tianlong, se limitó a sonreír. «Cálmate. ¿Quién eres?».



«¡Soy Kai! ¡Soy el representante del grupo tribal Mini Cat!», soltó, con las palabras saliéndole a borbotones.

Tianlong entrecerró ligeramente los ojos. Se volvió hacia la mujer tatuada. «Sabrina, ¿no se supone que esta ciudad es dominio del Clan del Tigre?», preguntó en voz baja. Recorrió con la mirada los edificios estrechos y mugrientos. «Esto no parece la capital de un clan noble, sino más bien un barrio marginal olvidado».

La mujer, Sabrina, cruzó los brazos con expresión agria. «Es mi ciudad natal. La tribu "rama" está aquí», corrigió, con un tic de irritación en la boca. Lanzó una mirada fulminante a la mariposa del hombro de Tianlong. «Así que realmente me leíste la mente, pequeña molesta».

Tianlong la ignoró y cerró los ojos por un momento. Sus sentidos se expandieron, recorriendo la ciudad.



Podía oír el ruido de los martillos sobre los yunque, el chirrido de los cinceles sobre la piedra, el rugido de las forjas.

Olía a humo, a comida y a la mezcla de olores de humanos y bestias que vivían juntos. Era irregular, pero estaba vivo.

—Entonces —dijo, abriendo los ojos—. ¿Dónde está la mansión de este clan?

Sabrina se burló. —¿Qué mansión? ¿Y por qué demonios te llevaría allí? — espetó, claramente todavía enfadada.

Antes de que pudiera continuar, la mariposa negra que estaba en el hombro de Tianlong alzó el vuelo. Revoloteó silenciosamente por el aire y aterrizó suavemente sobre la cabeza de Sabrina.

Ella se quedó paralizada, con los ojos fijos en lo alto. Su boca se crispó. —No te atrevas...

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando otro portal negro se abrió a su lado. Una fuerza silenciosa e irresistible los atrajo y, en un abrir y cerrar de ojos, el molino volvió a quedar vacío.

Reaparecieron en un claro árido y polvoriento a las afueras de la ciudad. Ante ellos se alzaba una enorme puerta de madera en ruinas, lo suficientemente grande como para que pasara un gigante, pero ahora combada y astillada.

Parecía más la puerta de un cobertizo olvidado que una entrada.



Kai, todavía agarrado al brazo de Tianlong, parpadeó ante la repentina luz del sol. Miró desde la puerta derruida hasta las ruinas de las murallas que había más allá, con un destello de horror en los ojos al reconocer el lugar.

«Esto es... las afueras del pueblo», murmuró, con una voz apenas audible. «Las ruinas de la finca de la rama del clan Tigre...».

Tianlong dobló el otro brazo, acercando el rostro de Kai al suyo. «Oye, chico», comenzó, con voz baja y seria. «¿Qué quieres decir con "arruinado"...?».

Sabrina lo interrumpió lanzándose hacia él. Arrancó a Kai de su brazo con una fuerza sorprendente y lo levantó agarrándolo por el cuello, de modo que el chico quedó colgando en el aire como un gatito.

Un frío temor invadió su voz mientras lo miraba con ira. «Tú... Me preguntaba por qué me resultabas familiar... Así que, mocoso vomitón, ¿qué relación tienes con ese bastardo de Aide of Mind?».

El cuerpo de Kai se tensó y sus orejas de gato se aplastaron contra el cráneo. La miró con los ojos muy abiertos, horrorizado al darse cuenta de lo que estaba pasando.

«Señora... Me he meado en los pantalones».

Era imposible ignorar el calor que se extendía por las piernas de Kai. Sabrina abrió mucho los ojos al sentir la humedad que se filtraba a través de su manga, el líquido que le goteaba por el brazo en cálidos riachuelos.

Tianlong, Akane y Sylvea miraron la mancha oscura que crecía en los pantalones del chico, observando cómo el líquido goteaba constantemente sobre el suelo polvoriento.



La mariposa en el hombro de Tianlong parecía agitar sus alas en lo que solo podía describirse como diversión.

La nariz de Sabrina se contrajo violentamente y su rostro se contorsionó con disgusto. «**¿CÓMO TE ATREVES...?**»

Echó el brazo hacia atrás, lista para lanzar al niño lejos de ella como si fuera un pedazo de basura contaminada. Kai soltó un grito aterrado, con sus orejas blancas de gato aplastadas contra el cráneo.

En esa fracción de segundo, Tianlong se movió.

«Solo es un niño». Extendió la mano y agarró la muñeca de Sabrina en pleno movimiento. Con el otro brazo, apartó al niño que gritaba de su agarre y, al mismo tiempo, le dio una patada en la pierna a Sabrina.

A pesar de su fuerza —y, por los dioses, era fuerte—, el ángulo inesperado la desequilibró.

Sabrina tropezó hacia delante y su impulso la llevó directamente hacia Tianlong. Kai terminó acunado a salvo en los brazos de Tianlong, lloriqueando y temblando.

En ese mismo instante, las enormes puertas de madera detrás de ellos explotaron hacia adentro con un estruendo ensordecedor.

—¡SEÑORITA!

—¡LADY SABRINA!



Una docena de sirvientes con túnicas gastadas pero limpias se abalanzaron por las puertas, liderados por una anciana con el cabello gris recogido en un severo moño. Todos se quedaron paralizados a medio paso, y sus exclamaciones colectivas llenaron el claro.

La escena que tenían ante ellos pintaba un cuadro muy diferente de la realidad.

Sabrina tenía la boca pegada al pecho de Tianlong, con el cuerpo apoyado pesadamente sobre él. Tianlong sostenía a un niño, un niño bestia, en sus brazos de forma protectora.

Las otras dos mujeres estaban de pie cerca, una con el pelo plateado y los ojos fríos, la otra con el pelo oscuro y una expresión impasible.

Sabrina se apartó, desviando la mirada hacia sus sirvientas. Abrió los labios para hablar. —¡Cabrón...!

—¡DÍGASELO A LA SEÑORA! —chilló la sirvienta principal, con el rostro curtido iluminado por una sonrisa de pura alegría—. ¡LA JOVEN SEÑORA HA LLEGADO CON SU MARIDO Y SU HIJO!